

ACERCA DEL SUPUESTO ORIGEN CONVERSO DE ALFONSO DE PALENCIA

RAFAEL ALEMANY FERRER

DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA HISPÁNICA UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Mínimas y poco documentadas son las noticias que se poseen acerca del origen familiar del humanista castellano Alfonso de Palencia (Palencia, 1423-Sevilla, 1492)¹. Tan sólo tres personajes pueden vincularse en relación de parentesco, no sin prudentes cautelas en el caso de alguno de ellos: su padre, un hermano y un hijo.

Fray Tomás Rodríguez² —a quien sigue luego Paz y Melia³ es el primer estudioso que advierte la existencia de un posible hermano del autor. La fuente fundamental que a tal respecto poseemos es el códice 57 del Archivo de la Catedral de Burgo de Osma (Soria)⁴, en cuyo folio 124r puede leerse una breve nota latina, firmada por *Alfonsus Palentinus*, en la que se menciona a un cierto *Didaco fratre amantissimo*, a quien el humanista dedica una descripción de los más notables monumentos romanos y que, según se desprende de las propias palabras del firmante, debió haber conocido Roma en otros tiempos: «Tu qui jamdudum attentissime Romana vidisti edificia, si error picture inest, emendare curato». Una segunda fuente contribuye a corroborar que el mencionado *Didacus* que aparece en la nota fuese ciertamente hermano de Alfonso, pues como heredero suyo se presenta un tal Diego

Buitrago en varias cédulas reales conservadas en el Archivo de Simancas⁵. No obstante, observa T. Rodríguez, «quizá este Diego fuera sólo amigo», si bien «la denominación que le da de hermano y presentarse como heredero» —siempre que se trate del mismo individuo— «hace sospechar si sería verdadero hermano suyo»⁶.

Posteriores son las noticias que acerca de su padre se pudieron obtener. En efecto, nada dijeron de él ni A. M. Fabié, ni T. Rodríguez⁷; incluso este último llegó a escribir que desconocía «quiénes fueran y cómo se llamaban sus padres [los de Palencia]»⁸. Fue A. Paz y Melia, en esta ocasión, quien proporcionó la primicia al referirse a una «merced de secretario de Corte a Alfón de Palencia, hijo de Luis González de Palencia»⁹. La cita no es más explícita y, por tanto, poco más se puede decir de este casi anónimo Luis González. Pese a ello, y aunque no existen precedentes de la hipótesis que ahora aventuro, quizás no esté excesivamente fuera de lugar relacionarlo con un personaje homónimo que desempeñó funciones burocráticas en la cancillería de Juan II, que fue «maestrescuela» de Sigüenza y a quien, en 1449, se le otorgó una canonjía¹⁰. Otro Luis González —posiblemente el mismo secretario de Juan II y «maestrescuela» de Sigüenza— aparece como testigo entre las firmas estampadas al final del documento de compra de los *Morales* de Job para el Cabildo de la Catedral de Burgos, adquiridos por orden del obispo Alonso García de Santa María, o de Cartagena¹¹. Insisto en que esta hipótesis no es, al menos en principio, desechable; de ser cierta, confirmaría, por una parte, la idea de haber pertenecido Palencia a una familia de funcionarios de alto rango, ocupación que él mismo iba a tener durante muchos años de su vida, viniendo a insertarse, así, en una profesión sumamente significativa en la formación y desarrollo del humanismo occidental¹². Por otra parte, podría servir de pista para explicar la estrecha relación de Alfon-

¹ Vid. ANTONIO MARÍA FABIÉ, *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la pública recepción de [...]*, Madrid, Fortanet, 1875; reproducido, con levisimas adaptaciones, como introducción a *Dos tratados de Alfonso de Palencia*, Madrid, Librería de los Bibliófilos, 1876; TOMÁS RODRÍGUEZ, *El cronista Alfonso de Palencia*, en *La Ciudad de Dios*, XV, 1887-1888, págs. 17-26, 77-78, 149-156, 224-229 y 298-303; ANTONIO PAZ Y MELIA, *El cronista Alfonso de Palencia. su vida y sus obras*, Madrid, The Hispanic Society of America, 1914; reproducido, en su parte principal, como estudio introductorio en ALONSO DE PALENCIA, *Crónica de Enrique IV* [traducción castellana de *Gesta Hispaniensia* (o *Décadas*), efectuada por el mismo Paz y Melia], 3 vols., Madrid, Atlas (Biblioteca de Autores Españoles, 257, 258 y 267), 1973 [vol. I] y 1975 [vols. II y III], vol. I, págs. CXXXVI-CLXIV. Me limito a citar la única bibliografía de carácter general existente. En los últimos diez años se han venido incrementando los estudios acerca de tal o cual aspecto de la obra y significación de Palencia; no obstante, por tratarse de aportaciones muy particulares, prescindiendo de aportarlas aquí, me permito, sin embargo, destacar —siquiera de pasada— la importantísima dedicación de R. B. Tate al tema, desde perspectivas inéditas amén de francamente sugerentes (Cf. nota 52).

² RODRÍGUEZ, *El cronista...*, citado, pág. 20.

³ PAZ Y MELIA, Introducción a PALENCIA, *Crónica...*, cit., I, pág. X.

⁴ Este códice contiene, entre otros materiales, cinco epístolas latinas de Alfonso de Palencia, además de la nota de referencia; cf. ff. 116, 121-123, 124, 127-128 y 129. Vid. TIMOTEO ROJO ORCAJO, *Catálogo descriptivo de los códices que se conservan en la Santa Iglesia Catedral de Burgo de Osma*, Madrid, Tipografía de Archivos, 1929. En la actualidad colaboro con R. B. Tate en la edición completa del epistolario latino de Palencia, en la que, lógicamente, se incluyen estos textos inéditos hasta la fecha y escasamente aprovechados, a pesar de sus incuestionables elementos de interés —especialmente para la revisión de ciertos datos biográficos del autor—.

⁵ Cf. Mercedes, privilegios, ventas y confirmaciones; legajo 91. Quitaciones de Corte; legajo 6.

⁶ RODRÍGUEZ, *El cronista...*, citado, pág. 20.

⁷ Véanse sus respectivos trabajos recogidos en la nota 1.

⁸ RODRÍGUEZ, *El cronista...*, citado, pág. 19.

⁹ Extendida en Toro, el 15 de julio de 1475. Archivo de Simancas; Mercedes y privilegios; legajo 11.

¹⁰ Cf. LUCIANO SERRANO PINEDA, *Los conversos D. Pablo de Santa María y D. Alfonso de Cartagena*, Madrid, CSIC, 1942, pág. 194.

¹¹ Cf. SERRANO, *Los conversos...*, citado, págs. 304-305.

¹² Cf. FRANCISCO RICO, Introducción a PETRARCA, *Obras*, I: *Prosa*, Madrid, Alfaguara, 1978, pág. XVII y nota 7 en págs. XXXV-XXXVI.

so con los responsables de la sede episcopal burgalesa desde su infancia¹³, remontándola, incluso, a sus progenitores.

Anterior a las dos noticias familiares apuntadas, pero todavía más nebulosa que éstas –de ahí que la haya dejado para el final– es la que nos da cuenta de la existencia de un hijo del humanista castellano. A Bartolomé José Gallardo debemos esta referencia, que, posteriormente, no ha sido ni desarrollada, ni tampoco rechazada, por ninguno de los estudiosos de Palencia. Menciona Gallardo a un cierto Alonso de Ávila, autor de un compendio de las *Crónicas de Castilla* e «hijo del cronista Hernando de Palencia»¹⁴. Imposible dar con alguna otra fuente que proporcione luces sobre el particular, de aquí que no sea oportuno ni pertinente elaborar más supuestos al respecto con tan exiguos y dudosos datos.

Pero, sin duda alguna, uno de los aspectos más interesantes de analizar con relación a los orígenes familiares de Alfonso de Palencia es el que atañe a su hipotética ascendencia judía. Cronológicamente es J. Puyol y Alonso el primero que no duda en afirmar que el autor nació «de una familia de conversos»¹⁵, mas no aporta dato positivo alguno capaz de confirmar tal aserto, que sorprende tanto más si se tiene en cuenta que Puyol asegura, explícitamente, que las noticias biográficas por él aportadas no son más que un extracto resumido de lo que ya antes habían escrito Fabié, Rodríguez y Paz y Melia, siendo así que ninguno de estos tres eruditos había aludido a la posible casta judía de Palencia. En semejante línea L. Pfändl escribe algunos años después, a propósito del cronista palentino, que se propone dar una visión de uno de los tipos más significativos de la Edad Media hispana, el «so häufigen und so beachtlichen Judenchristien», para afirmar taxativamente, luego, que Alfonso procedía de una «Familie von getauften Juden» hecho que explica que «seine Gesinnung viel zu sehr mit resischen Erbzügen durchsetzt und belastet»¹⁶. Al igual que Puyol y Alonso, tampoco Pfändl proporciona siquiera una mínima prueba de su tesis, excepción hecha de un par de tópicos que, amén de no ser rigurosamente exactos, rozan en alguna ocasión el límite de lo ridículo, si no es que no lo rebasan, tal y como lo demuestra la cita que, pese a su extensión, me permito transcribir por elocuente:

Will man von anscheinend semitischen Zügen seines Charakters reden, so wird man zunächst an seine geschäftige Betriebsamkeit, sowie an den fühlbaren Mangel an Bescheidenheit denken, und dann auch an die Leidenschaftlichkeit des Hassens, deren dieser Mensch fähig war. Wenig einnehmend ist in der Tat die Art, wie er seine Verdienste ans Licht rückt, wie er die Weisheit seiner Ratschläge und Entscheidungen in seitenlangen Darlegungen auszubreiten bemüht ist. Wenig anziehend und nicht eben sehr christlich ist

¹³ Cf. RAFAEL ALEMANY, *En torno a los primeros años de formación y estancia en Italia del humanista castellano Alonso de Palencia*, en *Item*, n.º 3, enero-junio 1978, págs. 61-72 (al propósito ver, especialmente, págs. 61-64), y ROBERT BRIAN TATE, *The civic humanism of Alfonso de Palencia*, en *Renaissance and Modern Studies*, XXIII, 1979, págs. 25-44 (en especial, ver págs. 26-27).

¹⁴ BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO, *Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos*, I, Madrid, 1863, pág. 3.

¹⁵ JULIO PUYOL Y ALONSO, *Los cronistas de Enrique IV: Alonso de Palencia*, en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXXIX, 1921, págs. 11-28; la cita en pág. 11.

¹⁶ LUDWIG PFÄNDL, *Über Alfonso Fernández de Palencia*, en *Zeitschrift für romanische Philologie*, LV, 1935, págs. 340-360; las citas en pág. 341.

auch die zornmütige Gehässigkeit, mit der er seine Gegner, vor allem den unseligen Psychopathen Heinrich IV und jene, die zu ihm halten, anklagt, lästert, beschimpft, zum Tode verdammt, ja mit höhnischem Gezeter und fühlbarer Befriedigung durch den Kot schleift, so dass es zuweilen ist, als höre man ein fernes Echo des fanatischen Schreiens, mit dem der Pöbel von Jerusalem die Kreuzigung seines göttlichen Herrn und Königs forderte¹⁷.

Como inevitablemente había de suceder, tratándose de este tema, tampoco a don Américo Castro se le escapó Palencia y, así, en más de un lugar de su dilatada obra aparecen alusiones al origen converso del personaje. En *La realidad histórica de España* Castro, refiriéndose al cronista, escribe: «sospecho era también converso»¹⁸; pero no pasa de ahí, es decir, de mera sospecha que don Américo formula –procedimiento habitual en él– a partir de algunos indicios que se le antojan reveladores en mayor o menor dosis. Para ser más precisos: la sospecha nace, en este caso, de cierto juicio que Palencia vierte en una de sus alegorías políticas, en donde afirma que España es una «provincia que no se da a la compostura de razonar»; habida cuenta de los presupuestos ideológicos del malogrado profesor Castro, resulta ocioso reproducir al detalle los senderos que, ante tal formulación, emprendía su entendimiento¹⁹. Pero lo que en *La realidad histórica de España* aparece sólo como sospecha, en *De la Edad Conflictiva* se convierte en aseveración suficientemente explícita; en esta otra obra Castro no duda ya en incluir a Alfonso de Palencia en nóminas de autores hispanohebreos y ello sin mediar demostración alguna. Así, puede leerse:

Pero esa «naturalidad sencilla» en el modo de expresar lo que se piensa ya aparece en los judíos que tradujeron obras astronómicas para Alfonso el Sabio, y luego en Sem Tob, en el rabí Arragel, en Alonso de Cartagena, en Hernando del Pulgar, en *Alonso de Palencia* y otros²⁰.

Más rotundamente, si cabe, se expresa en esta segunda cita:

Judíos conversos, siempre conscientes de su origen y casta, su participación en la cultura española del siglo xv fue extraordinaria [...]. Bastaría con recordar estos nombres: don Pablo de Santa María y toda su descendencia desde don Alonso hasta doña Teresa de Cartagena, pasando por los García de Santa María [...], Juan de Mena, Juan de Lucena, Juan Alfonso de Baena, Fernando de la Torre, Juan Álvarez Gato, Antón de Montoro, Mosén Diego de Valera, *Alonso de Palencia*, Alfonso de la Torre, Hernando del Pulgar, Rodrigo Cota, Diego de San Pedro, Fernando de Rojas [...]. En la obra de *estos* y otros *conversos* se muestran las huellas de su procedencia, tanto en su estilo como en la manera de articular sus temas²¹.

¹⁷ PFÄNDL, *Über Alfonso...*, citado, pág. 350.

¹⁸ AMÉRICO CASTRO, *La realidad histórica de España*, México, Porrúa, 1954, pág. 531, nota 17.

¹⁹ Cf. CASTRO, *La realidad...*, citado, págs. 22, 52, 229, 496 y 531. A idéntico propósito vid. también, del mismo autor, *Aspectos del vivir hispánico*, Madrid, Alianza, 1970, pág. 21.

²⁰ AMÉRICO CASTRO, *De la Edad Conflictiva*, Madrid, Taurus, 1961, pág. 187. El subrayado es mío.

²¹ CASTRO, *De la Edad...*, citado, pág. 207. Los subrayados son míos.

A tenor de lo indicado, puede verse claramente cómo el profesor Castro pasa de una tímida formulación de sospecha en *La realidad histórica de España* a una afirmación —en *De la Edad Conflictiva*— que, a la vista del último párrafo transcrito, no puede ser más categórica. Por otra parte, la hipotética posibilidad de que, entre 1954 y 1961 —fechas de publicación de las dos obras citadas— don Américo hubiera podido desarrollar positivamente su hipótesis inicial, con lo que se justificaría su posterior afirmación, es inexistente, toda vez que, si rastreamos la producción castrista comprendida entre ambas datas, no hallamos ni un mínimo atisbo en tal sentido: Castro, pues, no llegó nunca a desarrollar ni, mucho menos, a probar documentalmente, que Alfonso de Palencia fuese converso o descendiente de éstos²².

Sin embargo, no deja de ser verdad que una mínima reflexión sobre determinados aspectos de la biografía y obra del humanista nos proporciona una serie de elementos que, en cierta medida, vienen a abonar la especie discutida. Por lo que a la biografía se refiere sabemos —y ya he aludido a ello más arriba— que Palencia estuvo vinculado al obispo de Burgos don Alonso de Cartagena, miembro de una de las más importantes familias castellanas de judíos conversos, la de los García de Santa María²³. Así nos lo constata él mismo en el capítulo tercero del primer libro de la primera década de sus *Gesta Hispaniensia*, en donde, a propósito de las luchas nobiliarias suscitadas en época de Juan II por la figura de Álvaro de Luna, escribe el cronista:

Mientras en estos campos se ejecutaban diariamente estas y otras muchas hazañas, el Rey, creyendo más estrechamente cercado a D. Álvaro, reunió el ejército en Ávila, y trató de libertarle enviándole al efecto al reverendo D. Álvaro de Isorna [...], a D. Alfonso de Burgos, y al nuncio Bautista de Padua [...]. Los tres, revestidos de igual autoridad, fueron enviados para mitigar el encarnizamiento de la lucha y descercar Maqueda. *En aquel viaje me encontré yo, joven a la sazón de diez y siete años, entre los familiares del obispo de Burgos, y con ellos esperé dos días en el pueblo de Alborox la resolución del condestable don Álvaro sin la que nada querían hacer*²⁴.

Si a edad temprana Palencia aparece como acompañante del obispo Alonso de Cartagena en misión de considerable importancia, no es gratuito pensar que este encuentro no fuera totalmente casual, sino que muy bien hubiera podido estar el cronista más íntimamente vinculado a la familia de los Santa María desde tiempo atrás, remontándose la relación, incluso, al padre del autor, Luis González, de aceptarse la hipótesis que más atrás he planteado.

Al pasar al análisis de la obra del palentino se evidencia cierta simpatía hacia los neófitos, que se manifiesta, sin lugar a equívocos, en la reiterada defensa y exculpación que de ellos efectúa en diversos pasajes de su pro-

ducción historiográfica²⁵, verbigracia, cuando escribe contra la actitud del Maestre Pacheco:

Y aunque con perversa intención había tratado de suscitar contra los conversos de Córdoba y de otras partes de Andalucía la nota infamante, disfrazada con el aspecto de la religión, de haber violado la fe religiosa, en ninguna manera podía persuadirse a los cristianos viejos de Segovia, a quienes eran notorias *las diferencias de hábito que en España existían entre los conversos, aunque iguales en nombre*. Así los de Burgos eran considerados como muy observantes de la religión cristiana, y de entre ellos habían salido preladados tan distinguidos por la pureza de sus costumbres como el obispo D. Pablo de Santa María, su hijo Alfonso y otros de su estirpe, virtuosos varones, a cuyo ejemplo *la mayor parte de los conversos de España seguían el camino del bien*, sin que pudiese hallarse nota de infamia en los de muchas diócesis, especialmente en las de Calahorra, Osma, Salamanca, *Palencia*, León, Zamora, Ávila, Segovia, Cuenca y Sigüenza. Y si por acaso en la de Toledo los conversos aparecían reos de crímenes más graves aún en Córdoba, Sevilla y Jaén, e igualmente se acusaba a muchos de la diócesis de Badajoz [...] *¿por qué hacer recaer aquella nota de infamia sobre los de Segovia u otros cualesquiera inocentes, observantes del catolicismo?*²⁶

La insistencia en la necesidad de distinguir entre *conversos* y *converso* y, especialmente, el especial tratamiento apologético que concede a los pertenecientes al clan Santa María-Cartagena —entre los que pueden considerarse implícitamente incluidos él mismo y su propio padre—, así como la mención expresa de la buena conducta, entre otros, de los de Palencia, su ciudad natal²⁷, bien podría inducir, de algún modo, a considerar converso, o descendiente de conversos, el autor. Igualmente, su virulenta crítica social y religiosa, su postura de franca y abierta denuncia ante la corrupción eclesiástica y, más en concreto, de la curia pontificia, podrían constituir indicios susceptibles de interpretarse como reveladores de oriundez judai-

²⁵ Cf. PALENCIA, *Crónica...*, cit., I, págs. 216 y 238-239, y II, págs. 128-130.

²⁶ PALENCIA, *Crónica...*, cit., II, pág. 94. Los subrayados son míos.

²⁷ Así se deduce, irrefutablemente —pese a diversas y erradas opiniones vertidas al propósito (vid. JUAN ANTONIO PELLICER, *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles*, Madrid, Imprenta A. de Sancho, 1778, 2.ª parte, pág. 9; artículo dedicado a A. de Palencia en la *Enciclopedia Universal Ilustrada*, tomo 41, Madrid, Espasa-Calpe, 1958, págs. 160-161; PUYOL, *Los cronistas...*, cit., pág. 11; PENNA, *Alfonso...*, cit., pág. CXXXVII; JUAN LUIS ALBORG, *Historia de la literatura española*, I, Madrid, Gredos, 1972, pág. 475;...), de lo que se lee en un par de cartas del propio Palencia, contenidas en el código 57 de Burgo de Osma (cf. nota 4). Una de estas epístolas, dirigida a un indenticado «Fernando maximi policis viro» —¿quizás Fernando del Pulgar (policis) según me propone R. B. Tate?— refiere una anécdota acaecida a Palencia con ocasión de visitar a un arzobispo: el portero del prelado le negó la entrada y, sólo a instancias de uno de los acompañantes de Alfonso, que manifestó que se trataba del cronista y secretario del rey, accedió a permitirle el acceso, no sin expresar su asombro y exclamar: «Textores audivi Palentinos aliquando comprobari, nunquam tamen hactenus percipi historiographos *Palencie ortos*» (f. 128r. El subrayado es mío). La segunda carta va dirigida al Arcediano de Carrión, a quien Palencia dedica una elogiosa descripción de Sevilla, ciudad natal del eclesiástico, que principia así: «Summopere cupiens, integerrime vir, aliquid tibi gratum efficere, quod, preposita veritatis observancia, animum tuum in eo ipso baratri terrissimo loco non inmerito affectum tedio erigat reficiatque, calamo dignissimum in primis vissum est michi Ispalis tue bene meritas laudes ad te impresenciarum scribere, cum, ut *Palentina* tibi civitas ita michi Ispalis adeo cognita sit atque perspecta, ut, sicut paternitas tua *mee civitatis* posset feditatem describere, sic equidem urbis in qua tu es natus, sed cujus nullam fere noticiam habes, maximam excellentiam, et si non eleganter veraciter tamen mandare literis possum». (f. 121v. El subrayado es mío).

²² El profesor Julio Rodríguez-Puértolas, buen conocedor del pensamiento y obra de Américo Castro, me confirma tal conclusión.

²³ Hijo del rabino mayor de la sinagoga de Burgos, Salomón Ha Levi, convertido en Pablo García de Santa María tras bautizarse en el verano de 1390 con otros muchos de sus familiares —¿quizás los Palencia?—. Vid. LUCIANO SERRANO PINEDA, *Don Pablo de Santa María*, Burgos, El Monte Carmelo, 1940; del mismo autor, *Los conversos...*, citado; y FRANCISCO CANTERA BURGOS, *Álvar García de Santa María y su familia de conversos*, Madrid, CSIC, 1952.

²⁴ PALENCIA, *Crónica...*, cit., I, pág. 13. El subrayado es mío.

ca²⁸, o, cuando menos, de una posición personal y perspectiva crítica habituales en autores de linaje converso.

Pero importa tener muy en cuenta que, al lado de una tónica general de aceptación y latente afecto hacia los cristianos nuevos, coexisten en la obra de Palencia –en la historiográfica, principalmente– ciertos ataques de significada virulencia en contra de sus hipotéticos congéneres: unas veces son ataques generales a la casta, otras los dardos se proyectan contra personajes muy determinados del entorno coetáneo. De este modo, Alfonso de Cartagena podrá ser, en boca de Palencia, «varón de autoridad, virtud y erudición extraordinaria»²⁹, «caballero español de extraordinario esfuerzo»³⁰ y «docto varón adornado de todo género de virtudes»³¹. Asimismo, Juan de Torquemada, obispo de palestina, aunque descendiente de conversos³², será «sujeto virtuoso y erudito, e ilustre profesor de sagrada teología que, agobiado por la vejez y consumido por las enfermedades, condenaba en su interior aquellos escándalos, aunque, como encerrado siempre en casa, no podía hacerlo con su elocuencia»³³. Por el contrario, Diego Arias, contador mayor de Enrique IV, aparece calificado como «converso de oscuro linaje», «hombre de bajas inclinaciones», que llegó a poseer ingentes riquezas por medio de «un crimen por demás infame, merecedor de la prisión y pena capital»³⁴, y Juan de Valenzuela, prior de San Juan, cristiano nuevo, será tachado de «falto de sentido y honradez», «rufián, glotón y charlatán desvergonzado» que «entre los guardadores de cerdos pasaba por inútil»³⁵ amén de capaz de «vomitar sandeces y necedades dignas del hombre más abyecto»³⁶.

Además de estos juicios de valor referidos a personajes concretos, no faltan estimaciones de carácter general que apuntan a situar a Palencia en una posición adversa a los judíos y conversos. Prueba de ello son las palabras del prólogo a su traducción castellana de las *Guerras judaicas* de Flavio Josefo y las del «Argumento» con que inicia su diccionario latino-español, el *Universal vocabulario*. Dice en la primera de estas dos obras:

E porque lo restante de la vida no se me passare sin aprovechar en lo que sintiesse de verdad fructuoso e conforme a la tal empresa, ove por bien expendido tiempo el que consumiesse en la traducción de la historia que, notablemente, escribió Josepho contra los Romanos, de la destruyón de Jherusalem. En aquel muy ensennado varón mostró tan llena amistad a lo verdadero, tan grande aborrescimiento a las *malvadas*

costumbres de los judíos, sus contemporáneos, que en lo justo nin uno se pudiera entonces fallar, más valiente para amparar la patria, ni más contrario a los que la tyrannía querían colocar con el nombre de libertad³⁷.

Y en la obra lexicográfica, elogiando a la reina Isabel a quien va dirigida:

[...] cuyo sentido [el de Palencia] no cesa de se marauillar de las muchas operaciones tan crecidamente prouechosas al nombre de España como un mesmo tiempo se executan por su real mandamiento. En especial, el remedio e destierro de la herética prauidad que su alteça, con muy grand preseuerancia, contentió fazerse con autoridad del sumo pontífice: para que sus regnos, ante enconados por la prolongada negligencia de ponçoña que estaua ya en la muchedumbre de iudayzantes, con muy solícita cura de castigo, recobrassen nueva limpieza³⁸.

Ciertamente, los textos aportados –en especial el segundo, en que celebra de grado las medidas antisemitas adoptadas por la reina–, junto a los respectivos vituperios de Diego Arias y Juan de Venezuela, podrían aducirse como pruebas en contrario del origen hebreo de Alfonso de Palencia. Claro está que, como toda fuente de este género es susceptible de diversas –e incluso opuestas– interpretaciones, según el punto de vista o intereses que priven en el que investiga, también en este caso se podría argumentar, con absoluta coherencia, que uno de los rasgos comunes en los neófitos fue –y es– el de intentar camuflar todo vestigio de su antiguo y primitivo credo o religión³⁹. En cualquier caso hay que señalar que no todas las diatribas de Palencia contra personajes particulares del momento se refieren a conversos, y que algunas de esas críticas de tono acre aparecieron también, contra los mismos individuos, en otras obras más o menos coetáneas. Sin necesidad de ir más lejos, ni de abundar excesivamente en el tema, recordemos que también los ya citados Juan de Valenzuela y Diego Arias se convierten en blanco de la feroz sátira de las *Coplas del Provincial*, obra en la que se ataca clara –y hasta groseramente a veces– la extracción judía de sendos hombres públicos:

Veamos en este cónclave
a fray Cristóbal Platero
con tenazas, sello y llave
de todo falso minero,
y diciendo: «Provincial,
si queréis saber mis señas

²⁸ Escribe Palencia refiriéndose a la corruptela sembrada por el dinero en la Curia: «Nada se negaba al dinero; con sacrificar una crecida suma se lograba cuanto se apetecía, y su importancia era la medida para la remisión de pecados o para la elevación a los honores menos merecidos. Los que jamás fueron doctos recibían el título de doctores, desechando todo rigor de los exámenes» (PALENCIA, *Crónica...*, cit., II, pág. 79). Se podría objetar, sin embargo, el inequívoco tono tópic y convencional que caracteriza al texto citado –y, en general, a la diatriba antieclesiástica palentina–, tan lleno de resonancias de los populares y sabrosos «elogios del dinero» que tanto proliferaron a lo ancho de Europa a lo largo del Trecentos, y de los que contamos en la península con las estimables muestras del Arcipreste de Hita, el Canciller don Pero López de Ayala o Fra Anselm Turmeda, todas ellas inequívocamente deudoras del goliardesco *In terra summus/tex est tempore Nummus* perpetuado en el copioso *codex Buranus* del primer tercio del siglo XIII. (Cf. CARLOS YARZA, ed., *Carmina Burana*, Barcelona, Seix-Barral, 1978, págs. 60-65).

²⁹ PALENCIA, *Crónica...*, cit., I, pág. 10.

³⁰ PALENCIA, *Crónica...*, cit., I, pág. 41.

³¹ PALENCIA, *Crónica...*, cit., I, pág. 162.

³² Cf. PAZ Y MELIA, nota al pie de la pág. 161 de PALENCIA, *Crónica...*, cit., I.

³³ PALENCIA, *Crónica...*, cit., I, pág. 161.

³⁴ PALENCIA, *Crónica...*, cit., I, pág. 40.

³⁵ Repárese en la probable intención irónica de «guardadores de cerdos».

³⁶ PALENCIA, *Crónica...*, cit., I, pág. 40.

³⁷ Citado en MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO, *Biblioteca de traductores españoles*, IV, Madrid, 1953, pág. 28. El subrayado es mío.

³⁸ ALONSO DE PALENCIA, *Universal vocabulario en latín y en romance* [reproducción facsimilar de la edición de Sevilla, 1490], Madrid, Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española, 1967, f. 1v.

³⁹ Resulta pertinente aportar aquí la sagaz observación –como suya– de Eugenio Asensio, quien ironizando a propósito del modo de «fabricar» judíos o conversos practicado por Castro y seguidores, escribe: «Si [el autor de ellos] defiende a los conversos, tiene *raça*; si los ataca, es uno de ellos». (*Notas sobre la historiografía de Américo Castro*, en *Anuario de Estudios Medievales*, 8, 1972-1973, págs. 350-392; la cita en pág. 375.) Este trabajo constituye el tercer eslabón de una aguda e interesante crítica de Asensio contra quienes han estereotipado unos caracteres como exclusivos de la literatura hispano-hebraica –especialmente Castro–, iniciada y plasmada, anteriormente, en otras dos ricas aportaciones: *Américo Castro historiador. Reflexiones sobre «La realidad histórica de España»*, en *Modern Language Notes*, 81, 1966, págs. 327-351; y *La peculiaridad literaria de los conversos*, en *Anuario de Estudios Medievales*, 4, 1967, págs. 327-351. Estos tres ensayos, reunidos en libro, han dado *La España imaginada por Américo Castro*, Barcelona, El Albir, 1976, a donde remito para un acercamiento más profundo a la polémica.

a Jesú en cruz de metal
yo le raí las entrañas⁴⁰.

Y en otro lugar de las *Coplas*:

A ti, fray Arias, puto
que eres y fuiste judío,
contigo no me disputo,
que tienes gran señorío:
águila, castillo y cruz
dime de dónde te viene,
pues que tu pija capuz
nunca le tuvo ni tiene [...] ⁴¹

Por otra parte, merece la pena señalar el dato de que, en lo que afecta a la traducción de la obra de Josefo y al diccionario latino-español, ambas corresponden a fecha muy tardía –1492 y 1490, respectivamente–, próxima a la muerte del autor, acaecida en 1492; ello significa que, cuando Palencia vierte sus juicios *versus* judaizantes, que más arriba he transcrito, desde una óptica definitivamente procrisiana y proisabelina, lo hace ya en momento en que se hallaba más que acomodado en el orden político, social y religioso imperante, del que tan hábilmente supo obtener constantes y pingües beneficios. Palencia es en ese momento una pieza más –y decisiva– del *establishment* que, en buena medida, él mismo había contribuido a consolidar; muy lejos quedaban, por ende, los supuestos orígenes judíos de su estirpe y de ahí, sin duda, la absoluta ortodoxia de sus juicios sobre el particular.

A diferente nivel J. Puyol y Alonso llama la atención sobre otro elemento que él mismo acepta en pro de la defensa de la procedencia cristianonueva de Alfonso de Palencia. Se trata, en esta ocasión, de la manifiesta credulidad de que hace gala el humanista en cuanto se refiere a presagios, augurios y demás situaciones sobrenaturales, incluso cuando éstas rayan en la inverosimilitud. Observa Puyol:

Reflejo de su [de Palencia] mentalidad judaica, es el fondo supersticioso de su espíritu y el crédito que da a los presagios, forma que, especialmente, en los pueblos semíticos, reviste la idea del constante influjo de lo sobrenatural en las cosas humanas. Bien sabemos que de la creencia en los agüeros no se libraba ni el común de las gentes, ni muchas personas de ilustración, pero no sería fácil hallar otro escritor de la categoría del cronista que haya puesto tanto ahínco como él puso en consignar los augurios y vaticinios⁴².

Y, en efecto, inacabable sería la relación de eventos de tal naturaleza recogidos por Palencia en su obra historiográfica, si se pretendiese dar cumplida cuenta de ella en este limitado espacio. Nuestro autor no sólo refiere sucesos más o menos tópicos en la literatura de la época y en los parámetros culturales de la sociedad en que vivió –tormentas fabulosas, eclipses, cometas...–, sino que a éstos añade otros de naturaleza increíble, que resultan tanto más sorprendentes cuando advertimos se nos presentan,

con aval de credulidad, por un hombre que, «pese a muchas y graves deficiencias de formación cultural»⁴³ –tomando como punto de referencia los *studia humanitatis*–, se me antoja con un cultivo intelectual bastante superior al común de su tiempo, tal y como se deduce de su dispersa, pero riquísima, experiencia vital, uno de cuyos ingredientes –no podemos olvidarlo– lo constituyó un largo decenio en el suelo y contexto de la Italia quattrocentista, amén de una absorbente dedicación burocrática en los puestos de mayor responsabilidad del aparato gubernamental de Enrique IV y los Reyes Católicos. Con esta última consideración presente, no podemos evitar que nos resulte chocante que, al lado de relatos del tipo de «gavilias que, al ser cortadas, destilan sangre»⁴⁴, de «un cometa de tan larga cabellera que, durante cuarenta y siete noches del verano de 1455 cubrió con ráfagas de fuego gran parte del cielo»⁴⁵, o de cometas y meteoros «en forma de viga»⁴⁶, se nos dé cuenta, con minuciosos detalles y perfecta localización cronológica, de sucesos verdaderamente grotescos, tales como el que se refiere a «una niña que había nacido con el signo de la virilidad en la punta de la lengua, cubiertos de vello los labios, a modo de barba, y con todos los dientes»⁴⁷. ¡Francamente inaudito!

Si a todo lo dicho hasta aquí añadimos dos de los caracteres mencionados por Américo Castro como arquetípicos de oriunde judaica –siempre con las reservas propuestas por Asensio–, como son «el pasar largo tiempo en el extranjero ocupado en tareas intelectuales» y «la incertidumbre o penumbra en cuanto a la ascendencia de los estudiosos»⁴⁸, muy cerca estará Alfonso de Palencia de proceder de una familia judía o neófito, por cumplirse en él ambos «requisitos»: el cronista pasó unos diez años de su juventud en Italia –a donde regresaría en una segunda ocasión a lo largo de su vida– completando su formación y, además, nada se sabe de él hasta la edad de diecisiete años⁴⁹, a la vez que son, como se ha podido ver, sumamente confusas y poco nítidas las noticias acerca de su familia e, incluso, ciudad natal⁵⁰.

A modo de síntesis de cuantos elementos apuntan a imprimir a Palencia origen converso, pueden señalarse los siguientes puntos que, a la vez, sirven de conclusión:

1. Julio Puyol y Alonso es el primero en dar noticia de tal procedencia (1921). No justifica su criterio, pero señala algunos motivos que, según él, reflejan la casta del autor.

2. En el orden cronológico, Ludwig Pfändl es quien sigue a Puyol a este propósito. Tampoco ofrece pruebas fidedignas y se limita a insistir en el marcado espíritu crítico del cronista, que interpreta como consecuencia de su origen semita. El trabajo de Pfändl debe juzgarse, además, con serias reservas, dada la radical –a la vez que elemental y primaria– postura antisemita que hace ostensible, sin duda motivada por las coordenadas espaciotemporales en que escribe: la Alemania de 1935.

3. Américo Castro «sospecha» que Palencia era converso en *La realidad histórica de España* (1954). En *De la*

⁴³ ALAN DEYERMOND, *Edad Media*, tomo 1 de *Historia y crítica de la literatura española*, dirigida por Francisco Rico, Barcelona, Crítica, 1979, pág. 401.

⁴⁴ PALENCIA, *Crónica...*, cit., I, pág. 269.

⁴⁵ PALENCIA, *Crónica...*, cit., I, pág. 90.

⁴⁶ PALENCIA, *Crónica...*, cit., I, pág. 107.

⁴⁷ PALENCIA, *Crónica...*, cit., I, pág. 145. Véase también, en el mismo sentido, PALENCIA, *Crónica...*, cit., I, págs. 111-112, 120, 258 y 293; y PALENCIA, *Crónica...*, cit., II, págs. 33, 185, 274 y 293.

⁴⁸ CASTRO, *De la Edad...*, cit., pág. 187.

⁴⁹ Cf. ALEMANY, *En torno a los primeros años...*, cit., *passim*, y TATE, *The civic humanism...*, cit., *passim*.

⁵⁰ Cf. nota 26.

⁴⁰ JULIO RODRÍGUEZ-PUÉRTOLAS, ed., *Poesía de protesta en la Edad Media castellana*, Madrid, Gredos, 1968, pág. 219. Aunque en los versos transcritos no se cita explícitamente a Juan de Valenzuela, la alusión al mismo es indudable, ya que, efectivamente, el prior de San Juan era hijo de un platero judío (cf. RODRÍGUEZ-PUÉRTOLAS, *Poesía de protesta...*, citado, pág. 323).

⁴¹ RODRÍGUEZ-PUÉRTOLAS, *Poesía de protesta...*, citado, pág. 219.

⁴² PUYOL, *Los cronistas...*, cit., pág. 19. Cf. a análogo fin, PFÄNDL, *Über Alfonso Fernández...*, cit., pág. 350.

Edad Conflictiva (1961), en cambio, ya no duda en catalogarlo como tal sin detenerse en más comentarios y tan sólo apuntando –como había hecho cuando «sospechaba»– mínimos rasgos que suponen para él indicios inequívocos de judaísmo. Entre una y otra obra no ofreció Castro ningún otro trabajo en que desarrollara su hipótesis, que, de este modo, queda reducida a mera intuición.

4. La postura frecuentemente tolerante que Palencia adopta ante los conversos de su tiempo, así como la explícita defensa que de ellos efectúa en más de una ocasión a lo largo de sus *Gesta Hispaniensa (Décadas)* inclinaría a confirmar la hipótesis cuestionada. Idénticamente contribuirían a ello algunos datos de su biografía.

5. En contrario puede señalarse el reproche de judíos y conversos que realiza, de modo general, en el prólogo a su traducción castellana de las *Guerras judaicas* de Josefo y al principio del *Universal vocabulario*. También el negro retrato que nos ha dejado de representativos personajes de origen judío que intervinieron públicamente en su época, apuntarían en esta dirección. No obstante estos datos son susceptibles de una valoración diametralmente opuesta, concibiéndolos como intento de manifestar su total conformidad respecto a su nuevo *status* y como rechazo a su primitiva procedencia, aunque las críticas a personajes concretos existen también, con harta abundancia, aun no tratándose de conversos.

6. Ante todo ello, sorprende que ninguno de los eruditos que han estudiado *ad hoc* al cronista en las ya clásicas

aproximaciones de conjunto –A. M. Fabié (1875), T. Rodríguez (1887-1888), A. Paz y Melia (1914) y M. Penza (1959)– haya hecho mención, siquiera de pasada, de este aspecto de la biografía de Palencia, así como tampoco lo hace J. Amador de los Ríos, ni F. Cantera Burgos, ni L. Serrano Pineda en sus respectivas monografías dedicadas al estudio de los judíos y conversos de la península⁵¹. Aún más: ni de soslayo se alude al tema en los escasos estudios particulares, acerca del humanista y su obra, brindados por la crítica más reciente y solvente⁵².

Excesivo, pues, afirmar radicalmente la procedencia semita de Alfonso de Palencia, cuando ni un solo elemento documental poseemos, hasta la fecha, que nos permita hacerlo y cuando, además, ni los escasos estudiosos específicos del humanista, ni quienes han profundizado en la investigación de la historia de los judíos peninsulares –en especial, de la familia burgalesa de los Santa María-Cartagena– dieron motivos en tal sentido. Por otra parte, las razones –si así se pueden llamar– apuntadas por Puyol, Pfändl y Castro son exiguas y muy discutibles para poder ser empleadas como fuente apreciable. Ello, no obstante, no supone óbice ni cortapisa para que, quizás algún día, futuras investigaciones –pienso que Palencia aguarda una paciente labor de archivo– confirmen sus intuiciones –lo que no sería la primera vez que se cumple en lo que toca a don Américo– brindando el soporte documental suficiente capaz de verificar las pistas aquí rastreadas a través de la vida y obra del humanista palentino.

⁵¹ Cf. JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS, *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de España*, Madrid, M. Díaz y Comp., 1848; e *Historia social, política y religiosa de los judíos en España y Portugal*, 2 vols., Buenos Aires, 1943 (reeditado en Madrid, Aguilar, 1960). Cf. también nota 23 de este trabajo.

⁵² Vid. MADELEINE PARDO, *La «Batalla campal de los perros contra los lobos» d'Alfonso de Palencia*, en *Mélanges de langue et de littérature médiévales offerts à Pierre Le Gentil*, Paris, SEDES, 1973, págs. 587-603;

ROBERT BRIAN TATE y ANSCARI MANUEL MUNDÓ, *The «Compendium» of Alfonso de Palencia: a humanist treatise of the geography of the Iberian Peninsula*, en *The Journal of Medieval and Renaissance Studies*, 5:2, Fall 1975, págs. 253-278; ROBERT BRIAN TATE, *Political Allegory in Fifteenth-Century Spain: a study of the «Batalla campal de los perros contra los lobos» by Alfonso de Palencia (1423-92)*, en *Journal of Hispanic Philology*, 1:3, Spring 1977, págs. 169-186; y, recentísimamente, TATE, *The civic humanism...*, cit.

RESUMEN:

El presente trabajo pretende ser una contribución parcial a la actualización y esclarecimiento de uno de los aspectos de la biografía del humanista castellano Alfonso de Palencia: su hipotético origen converso. A tal fin aporto un inventario básico de indicios que apuntan en esa dirección y los analizo críticamente. Como base fundamental del estudio tomo, por una parte, el pequeño arsenal de datos suministrados por la biografía de Palencia, revisada a la luz de las últimas investigaciones y, especialmente, de su epistolario latino inédito; y, por otra parte, las referencias pertinentes al tema que se aborda, dispersas en más de un pasaje de la propia producción literaria del autor. De todo ello concluimos: una revisión crítica de las aportaciones bibliográficas al respecto; la constatación fundamentada, pero cauta, de ciertos elementos que apuntan a conferir a Palencia estirpe judía; y la imposibilidad, no obstante, de confirmar categóricamente la hipótesis, a falta de alguna otra prueba documental más concluyente.

SUMMARY:

This work intends to be a partial contribution to the actualization and clarification of one aspect of the biography of the Castilian humanist Alfonso de Palencia: his hypothetical origin as a converted Jew. For that purpose, I include a basic inventory of evidence leading in that direction and I analyze it critically. As a basis for the study, I take on the one hand the reduced amount of data provided by the biography of Palencia, revised in the light of the most recent research and, especially, of his unpublished Latin epistolary; and on the other hand, the specific references to the subject found in various passages of our author's literary production. From all this we conclude: a critical revision of the bibliographical apparatus on the theme; the well-founded, but prudent, verification of certain elements which give us evidence of Palencia's Jewish origin; nevertheless, the impossibility of categorically confirming the hypothesis for lack of more definite document proof.